
Introducción

¿Y si los dejáramos en paz? ¿Si tan sólo respetáramos sus tierras, sus costumbres, sus dioses, su miseria? ¿Si hiciéramos a un lado esa cierta actitud hipócrita de redención con que nos acercamos a ellos, ese innegable sentimiento de superioridad con que seguimos viendo al “indio” por encima del hombro? ¿Si dejamos de compadecerlos y nos llegamos a ellos simplemente con amor? ¿Amor, dije? ¿Es mucho pedir?

Cuestionemos, pues, cuando menos, las ventajas y desventajas de la civilización y el pretendido progreso que queremos imponerles, ahora con toda la intención y decisión del Estado y el poderío económico oficial.

A este paso, el siglo XXI apenas conocerá los restos de los *wirrarica*. Quizá su sombra se prolongue por algunos lustros, pero estemos seguros: los hijos de los huicholes, ahora niños, para ese futuro inmediato ya sólo contarán como unos ordinarios consumistas de este sistema comercial tan voraz; serán unos telvidentes más, cautivos de esa aberrante manipulación electrónica; serán votos seguros para la prolongación infinita del mismo sistema político, paternalista y patrimonialista. Nuestra falta de identidad, nuestra impersonalidad, no puede seguir tolerando por mucho tiempo el tener enfrente una etnia, un grupo humano tan definido y a la vez tan humilde. Eso es insoportable.

En mi niñez, el huichol que paseaba por mi pueblo, por Mezquitic, era tolerable porque era despreciable. Era el ejemplo vivo de lo sucio, de lo feo, de lo miserable.

Yo los veía llegar a la plaza a vender sus quesos prietos, sus sartas de chile cora. La chiquillería les teníamos miedo: “flechaban y mataban por la espalda”. Entraban a los comercios a comprar manta, piloncillo, alcohol. Luego los veía uno borrachos, tirados en el portal, semidesnudos, sucios, la piel requemada y los cadejos de su larga caballera, terregosos sobre la cara.

El menosprecio que nos causaba ese tipo de huichol era total. Los señores del pueblo bien que nos hacían notar la diferencia de clases. El huichol era menos que el rancharo. Pero esa manera de verlos no era sólo por el falso orgullo, la pedantería y la ignorancia de mi gente, sino

un sentir nacional donde se recreaban las más enajenantes pretensiones de los conquistadores.

Fue ya como adulto que me interesé por corregir mis conceptos y “educación” sobre el huichol. Las lecturas de Carl Lummholtz y Fernando Benítez, la puesta en marcha del Plan Huicot, me llevaron a pasar una Semana Santa en San Andrés Cohamiata. Aquello fue para mí el debut y la despedida del mundo huichol. Entendí entonces, y mi criterio no ha cambiado, que la intromisión del ladino, del mestizo, en la vida y relaciones de esa comunidad preservada durante siglos en el refugio de sus serranías, en esos ríos y mesetas hasta hace poco inaccesibles, en ese hábitat arrugado y resguardado por los dioses, era tan solo para deformar y trastocar una manera auténtica de creer y de ser, por otra pervertida y corrupta -por la que yo no metería la mano del fuego-, proponiéndola como la mejor para vivir.

Desde hace 25 años, el huichol ha sido un lujo para el Gobierno. Su “rescate” significa un acto de enorme justicia con 500 años de retraso. Pero en este acto de justicia está, precisamente, el principio del fin. Con la ayuda material: ropa, alimentos, materiales para la construcción, carreteras, campos de aviación, dinero en efectivo y mil recursos más, junto con todo eso, va la mutilación de su espíritu. El precio es sumamente caro, irreversible.

Y es que el mestizo, el hombre blanco, está hecho con mala levadura. Nuestra obsesiva manera de querer ayudar al indígena, tiene un trasfondo demoníaco, terriblemente envidioso. Como hemos perdido la vida espiritual, nos es insoportable tener frente a nosotros pueblos que se alimentan del sol y el viento, del peyote, el maíz y el venado.

Nada nos hará más dichosos que envolver, amasar, embarrar en nuestra felicidad a esos desgraciados. Por eso nuestro afán terrible de darles dinero. La ayuda económica que se les está dando es como si les llenáramos bateas con excremento. Con ese dinero los pobres huicholes saldrán de pobres, pero también saldrán de sí mismos.

El huichol, a fuerza de pensar en lo económico, terminará por extraviar las ventajas espirituales de la *no posesión* para descender a los mismos bajos niveles de depredadores, taladores, explotadores y demás ejemplares prósperos, fieles representantes de nuestra civilización.

Y ya encarrilados en este carro sin regreso del capitalismo triunfante, mientras transcurre el progreso de la desintegración, aprendamos lo último y lo mejor de ellos: su religiosidad, su dignidad, su respeto y amor a la naturaleza.